

MOMENTOS CON EMILY

De Milton Schinca.

En esta obra, el autor procuró un acercamiento entrañable al mundo íntimo y personal de la poetisa estadounidense Emily Dickinson, que nació y vivió a mediados del siglo XIX en un poblado oscuro de su país y sin casi salirse de su casa. La intención de Schinca fue desentenderse de manera expresa de un anecdotario fácil que apuntara a lo cotidiano y casero - como se ha hecho-, para presentar en cambio las claves de una escritura que, como la de Emily, aparece poblada de delicadezas y matices del sentir, y caracterizada por un decir de exquisita discreción, lo cual en ningún momento apaga o asordina la transida intensidad, por momentos dramática, de los sentimientos. Son sus temas el amor callado, la fecunda soledad, la omnipresencia sobrecogedora de la muerte, la misteriosa identidad del ser, las conmovedoras revelaciones de un mundo externo que alimenta la vida diaria de Emily y la enmarca amorosamente, formándole una atmósfera sensible que se convierte en el sentido último de una existencia impar, estremecedora y secreta.

Schinca procuró salvaguardar en su texto estos rasgos distintivos del universo íntimo de Emily, mediante un tratamiento verbal de entonaciones poéticas y un desarrollo sutil de acciones y personajes siempre oscilante entre la realidad y lo imaginado.

(Antes de encenderse las luces, se escucharán levísimos sonidos ambientales, como de cristales o maderas que crujen. Suben las luces y se ve a Austin vestido sobriamente de oscuro, y con una larga flor blanca en la mano. Mira en todas direcciones, como buscando).

Austin.- (Llamando hacia afuera) ¡Emily!... Hermana, ¿dónde te has metido!... (Desalentado de esperar respuesta) No es fácil que aparezca justo cuando uno la llama. (Sonríe) No sabemos cuándo ni cómo va a presentarse... Puede aparecer vestida de lila, de verde pálido... aunque el blanco parece haber sido su elección más conmovedora. (Vuelve a llamar, con mayor insistencia) Emily, ¿dónde estás? Mira que tengo algo importante que comunicarte. (Vuelve a quedarse esperando) De pronto está aquí y no lo sabemos. O se retiró en este instante, y nadie lo advirtió. Y cuando alguna vez aparezca, nadie podrá decir de dónde viene, o qué trae consigo, o qué va a pasarle al mundo un momento después...

Me acuerdo que se lo advertí a papá no sé cuántas veces: jamás debimos quedarnos en este caserón, rodeado de jardines y de olmos. Ciertamente: lo construyeron los abuelos hace no sé cuántos años, en la Calle Mayor de este pueblito al que nadie le hace caso. Pero una casa así, un lugar como éste, no es saludable para una muchacha como Emily, que no vive en la tierra... Terminará convirtiéndose en maga, en fantasma, en una loca doméstica, o si no -qué gran vergüenza para la familia- en una poetisa de renombre...

(Al público) Si es que la llegan a ver aparecer de un momento a otro, la reconocerán por una larga flor blanca en la mano, como ésta que yo traje. Es su manera de presentarse ante las poquísimas personas que la han visto a lo largo de su vida. Dice que la flor es como un heraldo suyo. Le aterra presentarse de golpe ante la gente. Y así fue desde los diecisiete años; pero hoy tiene cincuenta y seis, y esta costumbre sigue siendo la misma...

(Emily, sorpresiva, sigilosa, acaba de aparecer en algún punto inesperado del escenario. No se podría asegurar que está allí. Sonidos levísimos confirman su presencia. Por supuesto, la precede una flor blanca)

Emily.- (Musitando) Creo que... esta blancura que hay en la flor... soy yo misma... o seré yo, más adelante... de algún modo que no sé explicar.

Austin.- (A Emily) Quería que no te perdieras el entierro de nuestro vecino Mr. Hartman. Su vida terminó ayer, muy sigilosa. El, que tan ostensible procuró ser el mundo. Recién se lo llevaron espléndidos carruajes negros. (Sonríe) Su santa viuda cree que todo Estados Unidos debiera llevar luto...

Emily.- Ahora los pájaros irán a visitarlo a nuestro pequeño cementerio. Son los grandes curiosos de la muerte.

(Va a depositar con paso leve la flor blanca que traía en la mano. Austin se dirige hasta un sillón próximo, y cortésmente se lo ofrece a Emily. Esta se sienta con levedad. Austin pasa a sentarse en otro sillón similar, frente a ella).

Emily.- ¿Se han ido todos, Austin?

Austin.- Todos, hermana.

Emily.- ¿Por qué tanta gente, hoy? Me observan como si yo... ¿Los agravio con existir?... Me miran como a una extranjera. A veces me pregunto si habré nacido yo también, aquí, en Nueva Inglaterra... Te pido, hermano, que de ahora en adelante me salves de todos los que vienen a rendirle pleitesía a papá: juristas, magistrados, políticos, y sobre todo sus esposas, que no saben nada mejor que fabricar puddings e hijos, en ese orden...

Austin.- Tú siempre te has protegido mejor que nadie de intrusos y cargosos... Por algo tu fama de hurafia.

Emily.- Cada vez me siento más a gusto aquí encerrada, a solas con mis objetos callados, que sin embargo me hablan todo el tiempo y no se extrañan de mí. Para ellos no soy "la rara", la loquita de la casa... (Mira a Austin, afable) Tampoco para ti, mi único puente con el mundo, que me informa de lo que les pasa a los hombres y me hace a la gente un poco más tolerable... (Pausa)

Austin.- ¿Me equivoco, o el invierno ha comenzado a retirarse ya?

(Inquieta, Emily se levanta de su asiento y va hacia la ventana)

Emily.- Así es... La nieve se va poblando de figuras que parten y que nadie percibe. (Queda absorta un momento y dice en un murmullo:)

"Hay una dignidad que a todos nos espera
una mitrada tarde.
Nadie evita esta púrpura
ni esta corona evade".

Austin.- ¿Por qué me inquieta todo lo que dices hoy?

Emily.- (Volviéndose hacia Austin) Mírame bien, Austin: ¿crees que estoy realmente aquí? Vengo de la planta alta: la escalera no crujió a mi paso. Se diría que no estaba en su condición real. ¿Mi cuerpo está presente? ¿me escuchas la respiración?

(Se miran de cerca, enfrentados)

Austin.- Esta mañana no sé leerte. No diré que es tristeza lo que veo en tu mirada. Sí algo parecido a la solemnidad... o a un júbilo muy secreto.

Emily.- Hay una decisión, pero no es mía. Hay un acontecimiento, pero yo no lo marco.

Austin.- ¿Qué va a ocurrir en esta casa?

Emily.- Dices bien: en esta casa; en cada aposento, y rincón, y adorno, y retrato, y penumbra. No falta mucho: será cuando se retire la primavera.

Austin.- Habla, Emily.

Emily.- ¿Qué dices de mis fiebres, de mi palidez...? ¿Te fijaste cómo me tiemblan los párpados?

Austin.- Ya la crisis pasó. Mejoras día a día. Sólo tus nervios te juegan malas pasadas.

Emily.- (Con gran vivacidad) No estoy vieja, Austin, no! Lo noto en que las cosas no empalidecen para mí, quisiera arrojarme sobre todas a la vez y que me cayera encima la ebullición del mundo: ¿no es eso señal de salud?... El cuerpo, dirás tú; ¿pero qué es el cuerpo? Un error insípido, tedioso... Nosotros estamos siempre en otra parte, buscando las cosas que el cuerpo ignora.

(Leve cambio de luces en el escenario. Emily prece haber rejuvenecido en su expresión y actitudes. Austin, por su parte, adopta un aire más severo y tímido. Pasa a ser Mr.Newton))

Newton.- Perdón, señorita Emily...

Emily.- ¿Es usted el señor Newton?...

Newton.- El mismo. Como usted sabrá, su padre me designó para darle clases de bellas letras.

Emily.- (Mirándolo con atención casi insolente) Me pongo en sus manos. Espero que sepa orientarme y abrirme mundos impensados. (Con levísima burla) ¿Es usted notario, o algo así, según creo...?

Newton.- Abogado, como su padre, Mr. Dickinson. (Observándola) Me habían hablado de su timidez extraordinaria. "Natural -pensé yo- en una jovencita de dieciséis años". Pero no la noto nada corta.

Emily.- ¡Si casi no estoy en la realidad, según dicen todos! Pero espero que usted sepa romper el cerco que me separa del mundo.

Newton.- Su padre me ha encargado que la inicie en letras clásicas, en literatura inglesa, y hasta en la de nuestro país. ¿Sabía usted que los Estados Unidos ya cuentan con autores estimables?

Emily.- (Con leve ironía) Sé que nos hemos dado una hermosa Constitución... ¿Qué lección ha preparado para hoy, mi estimado notario?

Newton.- Trabajaremos con un fragmento de Píndaro, señorita. ¿Ha oído hablar de él?

Emily.- ¿No es, este Mr. Píndaro, un prometedor joven de Boston...?

Newton.- Es un dios griego de la poesía. Siglo V antes de Cristo. "La vida es la sombra de un sueño", estampó en una oda...

Emily.- (Genuinamente impresionada) "La vida... es la sombra de un sueño"...

Newton.- Créame: si Píndaro no hubiese alcanzado esa intuición maravillosa, el hombre de hoy sería muy otro.

Emily.- No lo dudo. (Pensativa) Quizás yo conocía esa enseñanza, señor Newton, sin habérmela dicho nunca. No sabe cuánto le agradezco su revelación, inolvidable notario.

(Va rápidamente hacia la mesita, toma un papel, se vuelve hacia Austin)

Emily.- ¿Te acuerdas, Austin? Por esos mismos días yo escribí, casi sin saber lo que hacía, mi primer poema. ¡Cuánto me asusté!

(Emily da unos pasos como desconcertada. Parece escuchar no sabe qué. De pronto, enfila hacia la mesita y se sienta. Comienza a escribir, con grandes vacilaciones. Cuando termina, le enseña el papel cómicamente a Austin.)

Emily.- ¡Ay, hermano, qué he hecho? He puesto en este papel, con la misma tinta que emplea papá en sus horrorosos documentos, ciertos rastros de... o avisos más bien... que hablan -me parece- de la otra parte de lo que hay... (Con cómica ingenuidad) ¿Pueden castigarme por esto, Austin? ¿Crees que me volví cuerda?

Austin.- (Arrancándole el papel de las manos) Veamos: ¿qué ha encontrado mi extravagante hermana?... (Lee el pasaje siguiente, ante el cómico desconcierto de Emily):

En una noche así, en una noche
como ésta, ¿le importaría a alguien
si una figura pequeñita
con gran suavidad se deslizase
de la silla...? Oh tan lenta,
tan callada, que a todos pareciese
ver aún la figura pequeñita mecerse,
pero más suavemente...

Qué extraño que unos pies
con carga tan preciosa
a un umbral tan pequeño hayan llegado...

(Pausa desconcertada. Los dos se miran)

Emily.- A decir verdad... no entiendo mucho lo que dice ahí.

Austin.- Yo nada!

Emily.- (Con cómica preocupación) ¿Qué he hecho, hermano? Tú me defenderás, ¿verdad?

Austin.- Difícilmente te lo perdonen: no es el lenguaje que usan en las cocinas, en los almacenes, ni siquiera en los bufetes nebor conceptuados. En este pueblo de Amhrest, semejante irreverencia no se perdona. ¿Pero qué quisiste decir, hermanita? Sólo si lo entiendo podré sacarte de la cárcel.

Emily.- No tengo mucha idea. Lo escribí sin pensar.

Austin.- ¿A quién podríamos preguntarle, si no a la autora?

Emily.- Al señor Newton, que como buen notario, lo sabe todo. Pero le diré que pertenece a... (Agitando el papel en alto) ¡Señor Newton!, mire lo que encontré: un poema de ese señor Emerson, del que me habló ayer. Pero no lo entiendo. ¿Podrá explicármelo usted?

(Se lo pasa. Newton lee con gravedad).

Newton.- (Cuando ha terminado de leerlo) Qué maravilla este Emerson... Hágame caso, señorita Emily: lea muchas veces este poema y acérquese todo lo que pueda a este hombre. Es evidente que está en contacto con... con lo que no se alcanza jamás. Eso, justamente, es la poesía.

Emily.- Ya ves, Austin, qué hermanita de lujo tienes... Pero de lo que no puedo librarme ni un minuto es de Píndaro. (Evocando con emoción) "La vida es la sombra de un sueño"... Creo que nunca dije otra frase que ésa en toda mi poesía, hasta hoy, cuando ya he llegado a los cincuenta y seis años.

(Va hasta el sillón con cierta majestad. Se sienta. Levanta la cabeza mirando a Austin)

Emily.- Hermano querido: quiero que lo sepas tú primero que nadie.
(Expectativa) A comienzos del verano que pronto llegará, aquí mismo, en este aposento, en este mismo sillón donde ahora estoy sentada... verás cómo tu Emily, esta Emily que vestirá entonces con su colo blanco más elegido... (Se interrumpe)

Austin.- ¿Qué estás queriendo decirme, hermana? ¿La fiebre te acomete otra vez?...

Emily.- Austin, por favor. No ese tono. No esa voz. Mira las cosas a nuestro alrededor: ellas saben de qué hablo. ¿Las has visto cambiar por eso? Los cortinados, las alfombras, la caoba de los muebles... Es una lección muy bella, Austin: cuando a un punto del planeta le toca apagarse, los demás se limitan a seguir siendo lo que eran. Me parece un modo sabio de afirmar la majestuosidad de la vida.

Austin.- Explícame, al menos, de dónde sacas ese anuncio. No hace dos horas salió de aquí el médico y...

Emily.- ...y habló, muy convencionalmente, de mi famosa mejoría. Aunque su voz, su obsequiosidad, lo desmentían... Pero mucho antes que este pobre práctico, cien señales que yo sé descifrar me lo dijeron. ¿Te acuerdas de aquellos pájaros inesperados que cayeron fulminados junto al ventanal de la sala?... Fue poco antes de morir mamá. Pues bien: hoy andaban merodeando por el parque. Desde mi ventana los vi volar y posarse, y parecían señalarme. Mañana o pasado los encontraremos rígidos en la ventana.

Austin.- Esas supersticiones... No debieras hacerles el menor caso. Te hacen daño, Emily!

Emily.- Puedo describirte la mañana en que, en este sillón, me quedaré dormida casi sin darme cuenta...: un cielo como de piedra azul vivísima... algunas nubes blancas, deshilándose... un viento indeciso, hamacando a los tres olmos que están junto a la cochera.

(Dice, casi en susurro):

"Oh paraíso, llega lentamente...
Que los labios no usados saboreen tus jazmines
como la abeja cuando acude a la flor
la traspone hasta el néctar
y allí queda,
perdida en su perfume..."

Austin.- ¿Te acuerdas que de chicos nos gustaba jugar a la muerte?

Emily.- Le inventábamos mil variantes...

Austin.- ...la muerte confitera, la muerte enharinada, la muerte gatuna, la muerte azucena...

Emily.- ...la muerte frutal, la muerte mariposa, la muerte mermelada, la muerte jabonosa, la muerte bailadora... Habíamos hecho de la muerte casi una compañera de juegos.

Austin.- Y papá se enfurecía con nosotros.

Emily.- "Jugar a la muerte es convocarla", clamaba.

Austin.- Entonces, en venganza, le inventamos "la muerte congresal".

Emily.- "¡Pido la palabra, señor Presidente!"

Austin.- "Tiene la palabra la senadora Dickinson, por el Estado de Nueva Inglaterra".

Emily.- "Quiero presentar ante este Honorable Congreso un proyecto de enmienda constitucional".

Austin.- "¿Propone reformas a la constitución del Estado?"

Emily.- "No, señor Presidente. Propongo reformas a la organización de la Muerte".

Austin.- "Perdóneme, señora Senadora, pero aquí se tratan sólo temas serios: cuestiones políticas, económicas o administrativas, que atañen a la marcha de esta joven Nación".

Emily.- "Pues entonces propongo, señor Presidente, que se clausure este Congreso miope y cojitranco, y se lo arrumbe en algún museo o tacho de basura. ¡Afirmo que nada atañe tan directamente a la marcha de una Nación, como el estatuto que sus ciudadanos le otorguen a la Muerte!"
(Aparte, a Austin) ¿Qué tal este impacto de púlpito?

Austin.- ¡De primera, hermana! No puedes negar el legado de tu padre.
(Asumiendo un tono irritado) "La señora Senadora tendría que saber que la muerte es tema para viejas o párrocos; no para gente honorable, como somos los mercaderes, juristas y filibusteros que componemos las clases dirigentes de todo país que se respete". (A Emily) ¿Qué te pareció esta andanada disolvente?

(Sonríen. Cortan la acción.)

Austin.- Han pasado demasiados años. Ya no nos reímos como entonces.

Emily.- Pero seguimos teniendo razón.

(Cambio de luces. Emily va hasta la ventana y mira hacia afuera)

Emily.- Ya se está retirando el invierno... No quedan casi rastros de nieve en el parque. Adiós, blanquísima hermana. La primavera ya se anuncia; y enseguida el verano, y entonces...

(Se vuelve hacia Austin con cierto dolor. Austin la toma cuidadosamente en brazos y bailan muy lento)

Austin.- No te puedes quejar de mí: ya no entra nadie en este aposento. A los pocos visitantes que preguntan por ti, "duerme", les digo; o si no: "reza con frecuencia; está acometida de "delirium mysticus"...

(Sonríen)

Emily.- Y no es mentira: muchas veces me visita Dios al cabo del día; pero no me llevo demasiado bien con él. Con frecuencia me acompaña a tomar el té. Conversamos. Disentimos. A veces me parece que tenemos dos ojos contrarios. ¿Tú sabes con certeza adónde quiere ir, qué diablos pretende?

Austin.- Soy un hombre muy simple, Emily, tú lo sabes bien. En los oficios dominicales me hago la ilusión de que un domingo que otro nos saludamos de lejos con el tal Dios.

Emily.- (Con una especie de ira refrenada) Hay veces en que lo cazo así de las solapas, como a ti ahora. Lo sacudo y le digo a la cara: "Usted va a escandalizarse, señor Dios, pero ¿sabe una cosa?: creo que estamos ya en el paraíso. ¿Por qué se empeña en ocultarnos un hecho semejante? ¿Por qué no les ordena a sus pastores que nos enseñen a enamorarnos de las cosas del mundo cada vez más?... Ese es el paraíso, ¿sabe usted? Unirnos como niños a las cosas. Pero a usted le preocupan el pecado, la suciedad humana... ¿Quiere otra taza de té?", le digo.

Austin.- ¿Y él?

Emily.- Recibe la taza haciendo lo que más sabe: callarse la boca. Entonces, mientras revolvemos el azúcar, yo vuelvo a la carga: "Y en cuanto a la muerte, mi estimado señor Dios, esa muerte con la que usted nos corre por todas partes como a niñitos asustados, esa muerte que usted esgrime como si fuera un garrote..."

Austin.- ¡Bravo, hermanita!

Emily.- "...la muerte tendría que verse como la entrega enamorada de nuestro ser, el yo entero donándose por amor al mundo. ¿Pero enseñan eso sus formidables pastores, párrocos, arzobispos? ¡Jamás!"

Austin.- ¡Muy bien dicho! ¿Y después?

Emily.- No hay después. En este punto me trabo, no me sale más nada y terminamos el té los dos en silencio -¡en algo tengo que parecerme a Dios!- y nos separamos sin saludarnos. Y yo me quedo con la sensación de haber quedado toda recubierta de cenizas...

Austin.- Cierto. Así, en cenizas, vivo yo, aunque nadie me crea.

Emily.- (Mirando deslumbrada a su alrededor) En cambio, con las cosas del mundo me pasa al revés: me excitan, me exaltan hasta volverme loca. Gracias a esa locura vivo. (Se dirige hasta un objeto próximo, lo levanta

en sus manos y lo caricia) Oh, tacto maravilloso de lo que es, compañía deleitable... (Se ensombrece de pronto) Austin, querido, cuando me vaya, no quiero desprenderme de las cosas. Invéntame algún pase de magia para que pueda llevarme el mundo conmigo cuando parta... Te lo suplico; no vayas a olvidarte. Y por favor: ve a prepararlo ya. No pierdas tiempo. La primavera está avanzada.

(Le hace un gesto imperioso a Austin, que después de una vacilación, sale ágilmente. Emily queda absorta un momento)

"Tráeme el crepúsculo en un vaso.
Cuéntame las vasijas de la aurora
para decirme su rocío exacto.
¿Quién construyó esta casa
y dejó tan cerradas las ventanas
que se quedó mi alma toda a oscuras?...

¿Y quién me sacará un día de fiesta
con unas alas para huir, con pompa
que aún no te figuras...?

(Se siente un leve movimiento próximo)

Emily.- (Volviéndose sorprendida) Ah... tú... ¿Qué haces allí, en la penumbra, papá?... ¿A qué has venido, si estás muerto?

Padre.- Siempre vengo. Siempre vendré. (Observándola) ¿Por qué ese vestido? ¿por qué ese peinado? En mis días, sólo te presentabas de ese modo en las grandes ceremonias familiares, de dolor y de luto.

Emily.- Cierto. Así estaba vestida el día de tu muerte. Y el día de la muerte de mamá. Y así me paseé horas por este mismo aposento, canturreando despedidas... que nadie sabía que lo eran, salvo yo. (Se pasea levemente, entonando un canto lúgubre) Mírame ahora: debo estar marfilina. Así me dicen todos: que me voy convirtiendo en menos que una azucena. ¿Cómo me ves tú?

Padre.- Las azucenas del cantero del frente, mis hijas florales, mis juguetes de adulto.

Emily.- Estarán marchitas hacia el fin del verano... (Se miran largamente) ¿Has venido a buscarme? ¿a prepararme? Nadie mejor que tú para officiar de guía.

Padre.- Nada sé de espacios. No tengo dónde llevarte. Tampoco puedo estar aquí. Ya no hay lugares míos en esta casa.

Emily.- (Contemplándolo sin ternura) Tu vestimenta es la misma de los últimos meses. Tú y yo más lejos que nunca.

Padre.- No es cierto. Te amé profundamente. Me incliné muchas veces sobre tu cuerpo dormido y tú no lo sospechaste siquiera.

Emily.- Yo me sentí crecer sola. Viví librada a las cosas que me rodeaban: ellas sí me tallaron, nunca tú. Tú, siempre sumido en ese ufano corsé que es el mundo de todos ustedes: esa trama inútil que desconoce a lo valedero: entendimientos sobre lo trivial, discordancias sobre lo que no es... Un pisotear de búfalos sobre las azucenas del jardín, "tus" azucenas...

Padre.- Creo que recorriste caminos inválidos. ¿Verdaderos? Puede ser. Pero lo verdadero se interna a veces por territorios que no llevan a ninguna parte.

Emily.- ¡Cómo te habrás reído de mis pobrecitos poemas! Con ellos traté apenas de acercarme a lo incomprensible. ¡Qué humilde trabajo, como ves!

Padre.- La vida no es indagar; es hacer cosas. Todo consiste en cambiarlas de sitio. (Se dirige hacia un objeto cualquiera) ¿Ves?... Agarrar este jarrón que estaba acá y ponerlo allá. (Lo hace) En todo caso, traerlo después a su sitio primero... o ponerlo en aquella otra parte, tanto da... Pero que no se te ocurra escarbar. Esto es jarrón, y punto; hay que llevarlo allá, y punto; volverlo a traer por algo. Y así. Eso tan simple no entendiste.

Emily.- Cierto. Yo preferí el bando de la inutilidad y de la magia. Pagué un precio muy duro para la niña que era: perderte, cortarte de un tajo. ¿Qué culpa tengo yo, si descubrí temprano que lo único que importa es lo que no está, que dependemos de lo que no se ve...?

Padre.- El día mismo de mi muerte intenté hablarte. Te vi reclinada sobre mi enfermedad, como si quisieras adivinar no sé qué. Quise pronunciar unas palabras, ¿recuerdas que hice un esfuerzo con los labios?... Decirte algo que te sirviera de certeza ante la muerte, para que pudieras usarlo después. Pero no me salió ningún sonido. Entonces cerré los ojos: ¿para qué mirarte más, y mirar el mundo?

Emily.- Yo sólo quería preguntarte si alguna vez habíamos estado unidos tú y yo. (Pausa dolida) También quise preguntárselo a mamá. La cuidé durante años, con su parálisis. Ella clavada allí, en ese sillón. Fija, destruida, lamentable. Cada día emitías menos palabras, mamá, cada vez movías menos tus manos. Cuando vi que se acercaba el final, yo te grité: "Mamá, mamá, ¿hemos logrado estar juntas? ¿Quién soy? ¿cuál es mi naturaleza? ¿qué hiciste de mí?...". Yo vi que querías contestarme, que algo me ibas a revelar. (Mira de cerca al padre con enorme expectativa. El Padre parece que va a hablar con enorme esfuerzo, pero al final le salen unos sonidos incomprensibles, lamentables. Emily queda abrumada) Ninguno de los dos me dijo nunca lo que yo quería saber.

Padre.-Te he amado, sí, Emily, pequeña incomprensible, rarísima mía. Un amor que no sirvió para este mundo, que no produjo cosa alguna.

Emily.- Una tarde me di cuenta de que te ibas a morir. Tú quizás no reparaste en mí, pero yo te dejaba cada día una flor distinta de despedida: olvidada sobre la mesa del desayuno, en el estante de tu ropa, entre papeles de tu escritorio... Y te hablaba en susurro, para que no me oyeras: "Papá, papá, no voy a ver nunca más ese modelo de bellissimo árbol

que es tu cuerpo, el negror perfumado de tu ropa, la tristeza finísima de tus ojos..." Pero tú dabas tus pasos necesarios sin fijarte en mí, me echabas un mirada a veces, otras no, callabas, proseguías... Y yo te veía ir recubriéndote de penachos oscuros, de telas sombrías...

Padre.- Yo quisiera llevarte conmigo, hija. Pero no sé cómo, ni tengo lugar.

Emily.- Cuéntamelo, te lo ruego: ¿cómo es tu recinto? (Silencio del padre, como en todas las demás preguntas que siguen) ¿Se esperan cosas allí?... ¿Hay cambios?... ¿Puedes recordar lo que tuviste?... ¿Te comunicas con algo?... ¿Hay calor y frío?... ¿Corre agua?... ¿Hasta cuándo es, papá?...

(Largo silencio conmovido).

Emily.- Papá, no me dejes sin ninguna respuesta, no me abandones así!

(El Padre, mudo, fantasmal, solemne, gira lentamente y se borra en la oscuridad. Emily se deshace en un largo sollozo. Se le oye decir, apenas:)

"La extraña encrucijada
en la ruta del Ser estaba cerca:
Eternidad la llaman.
A lo lejos había ciudades,
pero antes el bosque de los muertos.

Para retroceder era ya tarde;
a nuestra espalda, una cerrada senda.
Delante, enarbolaba la Eternidad
su blanca bandera
y Dios estaba en cada puerta..."

(Largo silencio reconcentrado. Va hasta la ventana y recoge algo del alféizar)

Emily.- Un primer pájaro que aparece muerto... (Lo levanta, lo observa atentamente) ¿Qué tienes que decirme...? (Lo vuelve a depositar y queda absorta un momento)

(De pronto irrumpe Austin como un ventarrón. Simula traer una carga muy pesada entre los brazos. Está de entrecasa, en mangas de camisa, el cuello desabrochado)

Austin.- Aquí te traigo, hermana, el mundo entero, tal cual me lo pediste.

Emily.- Ah, loco querido... No puedes llegar más oportunamente.

Austin.- (Observándola) ¿Qué son esos ojos? ¿Por qué esa oscuridad? ¿Por dónde han andado...? Pero alégrate, muchacha: yo vengo a llenarlos de las luces que tú más aprecias. (Exultante) Para empezar, ¡aquí tienes una magnífica delegación de los ridículos objetos domésticos: espejos,

cepillos, sartenes, calzados, tenedores...! ¡Y aquí, una diputación de las cosas más estrafalarias que fabrica el cosmos: caracoles, ágatas, astrolabios, narices, corales...! ¡Aquí llegan los representantes de los animales jamás vistos por nadie, pero que pueblan el único zoológico en serio que se conoce!... ¡Y éstos son los vegetales para los que todavía no se inventaron sus nombres distintivos!... ¡Pasen a ver ahora las geografías imposibles que no están en ningún mapa! Colócalas por allí... ¡Y aquí las maquinarias más útiles de este mundo, pero que nadie sabe para qué sirven!... (Aparatoso) ¡Y ahora atención, señores, atención! Les presento... ¡la joya de esta exhibición! Aquí vienen: ¡las cosas que nunca existieron ni existirán! O sea: ¡las únicas que importan algo! Y ellas son las pobladoras exclusivas de la mayor poesía lela que se escribe en Nueva Inglaterra y alrededores! (Se interrumpe. Observa el rostro de Emily) ¿Cómo?... ¿No te hago gracia?

Emily.- Diría mejor que me emociona. Recién ahora esta casa ha tomado sentido. Mi nuevo jardín. Mi nuevo yo. Entre estas cosas que me has recolectado, el tiempo ya no cuenta, ni la lógica lastima.

Austin.- (Despatarrándose en un sillón) Quedé agotado. ¿No merezco un refresco, alguna bebida fuerte?

(Emily va a prepararle una bebida y se la alcanza. Austin bebe. Emily se sienta frente a él. Larga pausa)

Emily.- (Absorta) Así mismo será: yo me sentaré en este sillón amigo... me dejaré envolver por todas estas cosas que tú me has traído, hasta sentir que todas ellas son yo misma... No dejaré en blanco mi conciencia, no: la colmaré hasta los bordes de todo lo que amé, todo me compondrá. Y así, plenísima, completa, haré un tránsito casi imperceptible, un giro apenas, un esguince muy tenue sobre lo real... "Adiós, Austin", te diré; pero ya no estaré cuando tú percibas mis palabras.

(Silencio. Austin va hasta ella con emoción muda, le toma cálidamente las manos y se las besa. Emily le acaricia levemente el cabello)

Emily.- ¿Sabes?... Lo he visto esta mañana, al levantarme. La primavera acaba de estallar en el parque. Todos mis canteros, los árboles más queridos, se han vuelto súbitamente locos. (Va hasta la ventana) La primavera... ¡ya! Y enseguida el verano. No recuerdo una primavera igual en muchos años... (Volviéndose súbita hacia Austin) Te pido que me dejes salir al parque un momento.

Austin.- Es imprudente, hermana. El médico insistió en que...

Emily.- ¡Te lo ruego! La primavera a través de los cristales no es primavera. No se asienta en la piel, no puedo respirarla. (Pausa dramática) Austin... es la última. No me la niegues.

Austin (Cediendo apenas).- Lleva al menos algo con que protegerte.

(Emily se cubre la cabeza con una gasa, recoge una sombrilla y sale de escena con marcada levedad. Austin va hasta la ventana, desde donde seguirá la evolución de Emily por el parque. Dice en voz muy baja:)

Austin.- "Dejó una mariposa su capullo
como cruza el umbral alguna dama
sin que yo adivinara su propósito.
Su lindo parasol podía verse
abriéndose y cerrándose entre flores
donde otras mariposas, fantasmales
como ella, dijérase que iban
hacia la Nada,
en ronda sin propósito.

Pero vendrá -marea dominante- el crepúsculo,
y la tarde, y aquella mariposa
en su mar se extinguieron".

(Siempre en silencio, Austin comienza a vestirse lentamente: baja las mangas de la camisa, se abrocha el cuello, se pone corbata, chaleco negro, levita de igual color. Se pone una galera, toma un bastón, y queda esperando, muy compuesto y grave. Momentos después, se oyen pasos leves que se acercan).

Emily (de fuera).- ¿Hay alguien allí?

Pastor.- Sí, señorita Emily. Soy el pastor Wadsworth. Después de tantos años he vuelto a Ahmerst, y quise saludarla.

(Se oye un toque musical que marque desgarramiento. Poco después entra Emily, visiblemente intimidada. Trae en su mano una flor blanca. Va hasta el clérigo y, sin mirarlo, le hace una pequeña reverencia y le entrega con enorme cortedad la flor. Se saludan ceremoniosamente, pero es visible la emoción contenida de ambos).

Emily.- (Casi sin fuerzas) Ya conoce mi costumbre: entrego, en esa flor, mi bienvenida.

(Le hace señas de que se siente. Lo hacen ambos, procurando esconder su emoción).

Pastor.- Veinte años sin verla, Emily...

Emily.- El tiempo es magia.

Pastor.- ...y antes sólo dos encuentros... algunas cartas... (Pausa conmovida)

Emily.- No ha cambiado usted.

Pastor.- He cambiado. El mundo ha cambiado. No me pude habituar a vivir lejos de... nuestro Ahmerst. (Pausa emocionada) No olvidé nunca algunas cosas que construimos como en un juego.

Emily.- ...los nombres distintos que le dábamos a la cúpula de nuestra iglesita, según cómo el sol refulgiera sobre ella.

Pastor.- Orión a las 11 de la mañana, Santísimo Sacramento al mediodía, Santa Eulalia a las cuatro...

Emily.- Nombres que no eran de su religión, pero que los dos adoptamos de buen grado.

Pastor.- ...el camino de álamos dorados hacia la carretera, que jamás recorrimos juntos, pero que nunca caminamos separados sin recordarnos.

Emily.- Recoger una hoja del suelo y pasearla por la frente quería decir... (Se interrumpe) Todo está tan actual... (Apartándose súbitamente de la emoción) ¿Su mujer?... ¿sus hijos?

Pastor.- ¿Sus poemas? ¿Sus pensamientos?...

Emily.- (Queda un momento absorta) He avanzado en algunas comprobaciones. La vida es demasiado compleja para lo que una mente humana puede alcanzar... pero es mucho más bondadosa de lo que podemos entender. (Quedan en silencio)

Pastor.- (Sombrío) Hay abismos... que no sé afrontar con valentía.

Emily.- Hay que confiar en... en... (Calla. Mirándolo) A usted su sacerdocio lo alimenta, lo rescata.

Pastor.- Créame, Emily: al término de mi recorrido -tengo más de sesenta años- esto he venido a comprobar: que me faltan fundamentos simples. Quizás debiera decir: me ha faltado un absoluto vivido más con la carne que con la oración. (Silencio)

Emily.- (Sombría) La carne, dice usted... Yo escribí en un poema: "Esta breve tragedia de la carne". No sé si lo pienso. Algunas veces me atreví a preguntarme si la carne no es... eso que dice usted: un fundamento simple, el anticipo... de un absoluto que por su mediación puede llegarnos.

Pastor.- (Luego de escucharla con encantamiento) ¡Sus tormentos!... No se imagina cuánto los he echado de menos. Creo que me iluminaban, que me enseñaban caminos.

Emily.- Soy tan torpe. Siento que no sé explicarme. Qué va a decir usted, que trabaja tan hondo... Quisiera mostrarme inteligente ante usted; hacerle notar, después de veinte años de no verlo, que yo... Perdóneme. Me callo. Me enredo.

Pastor.- Qué fresco está su encanto... La misma timidez, un poco atolondrada, del primer día que entré aquí a ver a su padre, y... y me enamoré de usted como un adolescente. (Tensión de Emily, que él percibe) Perdóneme. No quiero perturbar este encuentro. No será fácil que nos volvamos a ver.

Emily (con dolor).- Lo sé, Dios mío, lo sé.

Pastor.- Cuando empieza el verano me marché hacia el norte... quién sabe hasta cuándo.

Emily.- (Con dolor) Cuando empieza el verano...

Pastor.- Ya no soy un muchacho, Emily querida.

Emily.- Tendría que preguntarle para qué vino a verme... faltando ya tan poco para el verano... (Sale bruscamente de situación. Se levanta, atormentada) ¿Cómo podía adivinar entonces que poco tiempo después, tú mismo, Austin, hermano querido, me ibas a entregar una mañana esa carta...? (Recoge una carta, la abre trémula, la lee con gravedad) Yo lo sabía, Austin, ¡sí que lo sabía! Me avisan que él, mi amado, acaba de morir. (Con desesperación) ¿Qué es esto? ¿De qué lado viene este golpe? ¿Por qué Charles no me esperó? ¿Por qué tuvieron que ser así nuestros encuentros? ¿Por qué las reticencias, las medias palabras, tantos fantasmas inútiles que intercambiamos?... Ahora, ¿para qué todo? ¿Para qué fui todo lo que fui?

(Da unos pasos atribulados)

Emily.- Austin querido, te pregunto porque no lo sé: ¿somos también lo contrario de lo que vivimos? Quiero afirmarlo con toda mi fuerza: ¡yo soy también esta anti-Emily que nunca conociste, pero que vas a ver aparecer ahora!

(Sale de escena con paso rápido. El Pastor se pone de pie y repite la actitud de grave espera. Se oye de fuera la voz de Emily, que se acerca)

Emily.- ¿Hay alguien allí?

Pastor.- Sí, señorita Emily. Soy el pastor Wadsworth. Después de tantos años he vuelto a Ahmerst, y quise saludarla.

(Irrumpe Emily, radiante y espléndida, trayendo un soberbio cargamento de plantas muy frescas y profusas, que deja caer. Corre a arrojarse en brazos del Pastor)

Emily.- ¡Charles, Charles adorado, por fin! ¡Amor, amor mío! (Se estrechan con enorme fruición) ¡Juntos... juntos, Dios! Ah tu cuerpo, tu perfume, aquí, aquí...! (Quedan largamente abrazados, besándose con pasión) Por fin, por fin! Creí que nunca llegarías.

(Se contemplan, se tocan, se huelen, en una especie de delirio interminable. Al fin, Emily se aparta un poco y va hasta las plantas que trajo con ella)

Emily.- Mira, Charles: la primavera alcanzó hoy su colmo. El jardín me contó que estuvo preparando este estallido para el día preciso de tu llegada. Y yo le había puesto nombres tuyos a cada planta. ¿Las ves?: (las va señalando) "Charles antes de almorzar", "Charles bajando una escalera", "Charles escribiendo una carta", "Charles besándome el pie derecho"... Créeme, Charles adorado: conozco tu presencia palmo a palmo. Puedo hacer un mapa de tu respiración, representar tu voz en forma de

constelaciones. (Se le acerca con audacia y lascivia) Ahora tócame, Charles. Recórreme, primero, con tus manos. Empieza por mi cuello, que ya sabe lo que le va a ocurrir... (Le toma una mano y lo obliga a paseársela con sensualidad por su cuello. Después la hace bajar hacia los pechos y hacia la cintura) ¿Te das cuenta, Charles?: tus manos, que nunca me tuvieron, ya me saben. ¡Que me recorran, que me obliguen! No tengo reticencias para ti, no sabré negarte nada. (Con creciente exaltación) ¡Te exijo que me imperes, que me hagas girar toda dentro de mí! ¡Tengo un surtidor, un aletazo para darte! ¡Charles, Charles, soy un turbión, una grieta, acampa sobre mí, sácame a dentelladas, a jirones, agótame, y así no morir más!

(Corta abruptamente la alucinación, se detiene, ensombrecida de golpe)

Emily.- Imposible, Austin, hermano querido. Mira mi cuerpo real: una ceniza nunca empleada, un lugar erróneo. Criatura trivial, este cuerpo: así se quedará, con sus 56 años, y el verano a las puertas... ¡Qué viva llevé siempre esta anti-Emily!... pero qué inviable. (Con enorme amargura) Que todo vuelva a su cauce.

(El Pastor vuelve a componer su figura. Recoge su bastón y su galera. Se comporta con enorme tiesura)

Pastor.- Señorita Emily: ha sido conmovedor encontrarla. Debo partir mañana. Espero que no pase mucho tiempo antes de que pueda visitarla otra vez. (Va a retirarse, pero se detiene) La llevaré en mis meditaciones... hasta el fin.

(Hace una inclinación solemne y desaparece en la penumbra. Emily prorrumpe en un largo sollozo)

Emily.- Nunca más... nunca más... (Queda tremendamente acongojada. Reacciona con lentitud y trata de sobreponerse. Llama hacia afuera). ¡Austin, Austin, estás ahí?... Te ruego que no me dejes sola.

(Al momento entra Austin, vestido otra vez de entrecasa)

Austin.- ¿Te sientes bien? ¿Necesitas algo?

Emily.- Quería comunicarte algo grave que me ocurrió esta mañana... ¿Puedes creerme?: encontré otros tres pájaros muertos en mi ventana.

(Largo silencio)

Austin.- No es necesario que te atormentes con supersticiones.

Emily.- (Irónica) ¿Verdad que no?... Son los mismos pájaros que aparecieron cuando murió mamá. Los recogí temblando aquella vez... y ahora de nuevo. Mañana serán seis, u ocho... ¿Qué puedo hacer, si no prepararme? (Larga pausa pensativa) ¿Sabes, Austin?... Estaba pensando en todos los poemas que escribí en mi vida. ¿Para qué sirvieron?... No llegaron a casi nadie. (Sonriendo tristemente) Ni siquiera los entendiste tú, mi compañero más querido.

Austin.- Yo... Lo que pasa es que...

Emily.- No bien terminaba un poema, te lo pasaba para que lo leyeras antes que nadie. (Le entrega un papel, que Austin se pone a leer con cuidado) Yo me quedaba trémula, insegura de dónde estaba situada; esperaba tu veredicto con el corazón que me saltaba... Tú leías el poema sin decir palabra, y al terminar te quedabas suspenso, o me decías algunas frases no muy hilvanadas...

Austin.- Nunca fui capaz de librarme de la lógica, esa mucama hacendosa, tan corta de vista, lo sé...

Emily.- Pero sí me los entendía Susan, tu esposa... y Helen Jackson... y me dio consejos Higginson, el amigo más seguro de mis versos... aunque a decir verdad nunca les gustaron... (Con angustia) Por favor, Austin, asegúrame que alguna vez, muy lejos de aquí, dentro de un siglo o dos, habrá gente que se reúna para escuchar lo que yo he dicho cien años antes... y puedan conmovirse de veras con lo poquito que yo fui... No me importa dónde sea; en los lugares más estafalarios, que alguna vez oí nombrar, aunque no sé qué significan: Helsinki, Tombuctú, Montevideo... ¡Pensar que mis poemas no deben llegar a cien!: mejor así. ¿Que se entiendan o no? Cuando se llega a un punto de amor y de pasmo, ¿para qué entender nada? Ante el prodigio del mundo, ¿de qué vale el tañido de la conciencia? (Larga pausa meditativa) Ya no me queda nada, Austin. Ahora debo desprenderme también de la poesía. Es demasiada carga para cualquier viaje. Debo volverme escueta, mínima, como una virgen.

(Se pone austeramente de pie. Va recorriendo los cortinados del salón y cerrándolos todos. Austin la ayuda en silencio).

Emily.- ¿Has estado en el parque, verdad?

Austin.- He estado. Toda la mañana.

Emily.- Y me vas a informar que está preparándose el verano.

Austin.- Ya se ha instalado.

Emily.- ¡Ya...! Sí: me llega desde tu cuerpo su perfume. ¿Cómo amaneció el parque, hoy?

Austin.- Pleno. Henchido hasta los bordes.

Emily.- Descríbeme la mañana que encontraste.

Austin.- Un cielo como de piedra azul vivísimo...

Emily.- ...algunas nubes blancas, deshilándose... un viento indeciso, hamacando apenas a los tres olmos que están junto a la cochera...

Austin.- Una comovedora mañana de verano.

Emily.- La esperaba. Sabía que era hoy. (Larga pausa)

Austin.- Encontré algo decaídas las azucenas de papá.

Emily.- Te ruego que las riegues tú, cada día. Y cuida que nada cambie demasiado en esta casa: ya sabes que yo andaré por ahí y que nada interrumpirá nuestros juegos.

Austin.- Tú no te moverás de aquí.

Emily.- Llévame muchas veces a recorrer el pueblo: la Calle Mayor, la Plaza Matriz con su fuente, los carruajes que pasan...

(Ganado por la emoción, Austin corre a abrazarse con Emily. Ella lo rechaza dulcemente. Austin se rehace y muestra gran sobriedad)

Emily.- No será un disolverse; será un sumarse... Pasaré a ser cada cosa que tú mires.

(Va muy lentamente a sentarse en el sillón antes indicado. Se sienta con emocionada levedad. Cierra los ojos y musita apenas, mientras la luz va bajando:)

"Un sueño largo, largo, un ya famoso sueño
que señales no da de que se está acercando
el día, pues no mueve ni un párpado el durmiente:
un sueño independiente y apartado.

En orilla de piedra,
bajo el calor, dejar pasar los siglos...
y ni una vez mirar si el mediodía llega..."

Emily.- (Levísima) Y ahora un giro apenas, un esguince muy leve sobre lo real, un pase mágico...

(La luz va bajando con extrema suavidad, borrando la figura de Emily y quedando concentrada en la flor que tenía sobre su falda.)

1975 y 1999.